

LA EXPERIENCIA CRISTIANA
EN UNA SOCIEDAD SECULARIZADA.
GENESIS Y PROCESO DE LA FE

MANUEL DEL CAMPO GUILARTE
FACULTAD DE TEOLOGÍA "SAN DÁMASO"
MADRID

I. INTRODUCCION

La reflexión que se ofrece a continuación es una propuesta de trabajo, a modo de notas introductorias, para el debate del "Seminario de profesores y doctorandos" del Departamento de Catequética de la Facultad de Teología "San Dámaso". En este sentido, la estructura y orientación expositiva de esta ponencia, antes del debate, viene determinada por el carácter y la finalidad propia de la misma, y del marco académico concreto en que se sitúa.

Comenzamos planteándonos algunas cuestiones básicas: ¿Tiene sentido hablar de experiencia cristiana en una sociedad secularizada? ¿Hasta qué punto es posible apelar a la experiencia cristiana en estas circunstancias en las que la realidad cristiana es marginada y aún anulada?

Mi propósito es poner de manifiesto algunas de las raíces y causas de los problemas planteados a la experiencia de la fe en una sociedad secularizada como la nuestra, tentada de apostar silenciosamente de Dios (cf. EE 9). Esto nos puede ayudar a definir los elementos limitadores que envuelven hoy la génesis y el proceso de la fe de nuestros bautizados, así como los factores que afectan al ejercicio de la transmisión de la fe, que es el objeto propio de la catequesis. Es decir, deseo llamar la atención y, a la vez, sugerir la conveniencia de reflexionar sobre cómo

quedan afectados tanto el momento, por así decirlo, “generativo” de la fe, como el proceso de crecimiento y desarrollo de la misma en el hombre actual.

La recta comprensión de la revelación en su sentido propio y, en concreto, el reconocimiento, acogida e interiorización de la misma, cuya plenitud y culmen es Jesucristo, es la primera y central referencia de la catequesis, así como la gran cuestión de fondo planteada, en las actuales circunstancias, al desarrollo de la misma. La verdad del misterio de Jesucristo, único y universal salvador del hombre, es, sin lugar a dudas, la forma cristológica de la catequesis y, al mismo tiempo, la forma eclesial de la misma (CCE 426-428). Cuando esta verdad queda oscurecida por las sombras que tienen como origen la secularización, queda explícitamente planteado el primero y principal desafío de la catequesis: la posibilidad de la profesión de la fe católica y de la consiguiente experiencia cristiana de nuestros catequizandos.

Un segundo punto introductorio que deseo resaltar. La verdad que enseña la catequesis es la verdad de la revelación: verdad que no ha sido inducida de una realidad humana, sino revelada por el Padre que está en los cielos (cf. Mt 16,17); verdad que es conocimiento de un misterio, el misterio de Dios. No es, pues, un simple “sistema”, sino sabiduría según el Espíritu: la “doctrina de la fe que la catequesis transmite y está llamada a hacer accesible y comprensible al hombre de hoy, es nada menos que la comunicación del misterio de Dios vivo” (CT 7). Contiene, en definitiva, los acontecimientos de la salvación de Dios en Jesucristo, la intervención de Dios a lo largo de la historia santa, sus palabras y acciones íntimamente unidas (cf. DV 2). Y tiene como finalidad llevar a los hombres a la comunión de vida con Él, por la participación en la vida divina.

Y, a la vez, también contiene, por la fuerza del Espíritu, los testimonios de los testigos y su vida según la fe, transparentada en obras de caridad; pues la doctrina de la fe es una verdad que concierne de manera radical y decisiva al hombre y a su realización más plena (cf. CT 22). Por eso la catequesis debe mostrar la “estrecha relación – conexión del misterio de Dios en Cristo con la vida y el fin último del hombre” (DCG (1971) 42). Es decir, debe mostrar cómo la revelación que nos es dada en Cristo es de carácter salvífico y tiene que ver con el hombre,

conciérne y compete al hombre, da entera respuesta al hombre en su búsqueda originaria y vital, así como en sus interrogantes esenciales y radicales sobre la existencia. Por eso, “la Iglesia es consciente de que el primer servicio que puede y debe prestar a cada persona, y a toda la humanidad, es anunciar a Jesucristo, hacer posible el encuentro con El y, desde El, iluminar la vida de los hombres” (RM 2). Y así, será tarea de la catequesis ayudar al hombre a “descubrir en la persona de Cristo el designio eterno de Dios” (CT 5); dar a conocer en su totalidad e integridad la verdad del mensaje del evangelio; ayudarle a interiorizar, y como a entretejer, el mensaje cristiano en la realidad vital de su existencia.

Finalmente, un apunte metodológico. El itinerario expositivo que adopto es el siguiente: primero iré explicando con brevedad los términos del enunciado de esta ponencia, que trata de situar el trabajo de todos en esta sesión del Seminario. Expondré, en concreto y de modo sintético, el sentido que, a mi entender, tiene la categoría de experiencia y experiencia cristiana; así como la de génesis y proceso de la fe. Después analizaré, en términos básicos, algunas de las causas que originan los problemas planteados hoy a la transmisión de la fe y al proceso mismo de la fe de nuestros bautizados. Finalmente deberemos abrir nuestras reflexiones a las consecuencias pastorales y catequéticas.

II. APUNTE TERMINOLÓGICO

Al analizar la categoría de experiencia se impone, en primer lugar, atender a una necesaria distinción entre experiencia humana, experiencia religiosa y experiencia cristiana. Si bien existe entre las tres una indudable relación que, desde la perspectiva catequética, es necesario considerar. Deben ser, pues, a la vez, distinguidas e integradas en sus justos términos, conforme a criterios teológicos y científicos.

1. *La experiencia humana*

La experiencia humana hace referencia a la vivencia de una realidad de carácter humano, y aun a la existencia humana

concreta. Comprende el mundo de los diversos estados de ánimo; de los deseos, expectativas y proyecciones vividos por el ser humano en las concretas circunstancias y estímulos de la vida. Integra también el mundo de los sentimientos, los afectos, las pasiones y pulsiones... Es, en definitiva, toda esa compleja y rica realidad, que tiene lugar en el ser íntimo y personal de cada sujeto, y que, en el campo psicopedagógico, suele ser denominada experiencia antropológica. Los instrumentos para su conocimiento y tratamiento adecuado nos vienen dados, esencialmente, por las ciencias humanas.

2. La experiencia religiosa

La experiencia religiosa procede de la dimensión religiosa originaria del hombre y comprende la rica realidad vivida por el ser humano cuando éste se abre a la trascendencia, en coherencia con el impulso innato de búsqueda y de ascensión hacia la verdad, la belleza, el sentido del bien moral, la aspiración al infinito, la tendencia a la felicidad, a la libertad... Es decir, se encuentra en la vivencia de la tensión y búsqueda de Dios, cuando el hombre escucha la voz de su conciencia y el mensaje de las criaturas.

Esta experiencia la vive el hombre actual, cuando, a pesar de tantas condiciones históricas y factores adversos, "reencuentra" esa dimensión originaria que le es propia: la capacidad de Dios, que el creador ha puesto en él (cf. GS 19). El hombre es por naturaleza y vocación un ser religioso. La experiencia religiosa contiene los sentimientos y vivencias que proceden de la afirmación de la existencia de Dios, después de ese camino de ascensión y de búsqueda¹

3. La experiencia cristiana o vivencia de la realidad cristiana

Parece procedente, en primer lugar, tener en cuenta que el cristianismo no se circunscribe al ámbito exclusivo de la razón, sino que afecta a la totalidad de la existencia del hombre. Des-

¹ Cf. CONCILIO VATICANO I, Const. Dogm. *Dei Filius*, c. 2: DS 3004; CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum* 6.

de este punto de vista será legítimo hablar de experiencia cristiana porque expresa el hecho de comprometer la propia vida con la fe cristiana, y percibirse a sí mismo, en cuanto ser personal, como sujeto de ese vivir, un existir nuevo de aquella persona que tiene fe.

Por todo esto se impone, desde el principio, la pregunta por el fundamento de esa experiencia cristiana. Este fundamento desborda, por su propia naturaleza, al hombre en sí. Podríamos decir, en este sentido, que está fuera de él y va más allá de él. La experiencia cristiana es más que una proyección de una opción de carácter subjetivo, pues equivaldría a apoyar la vida religiosa cristiana sobre la razón práctica o la autoconciencia del sujeto. Lo que sustenta el vivir cristiano es Dios y su gracia. Con lo que se advierte la importancia de afrontar correctamente el fundamento de la experiencia cristiana. He aquí un problema teológico y catequético básico, que es necesario analizar en sus justos términos, para poder clarificar y atender adecuadamente la cuestión antropológica de la catequesis. A este objeto partimos de una primera aproximación reflexiva a esa conciencia del existir nuevo, del vivir nuevo que experimenta la persona que tiene fe. En definitiva, de la experiencia cristiana.

La experiencia cristiana es la experiencia de aquello que implica la vivencia de la fe y del sentido nuevo que adquiere la existencia humana. Es decir, el punto de partida es la fe, la cual se constituye como base y fundamento de la experiencia cristiana. Ahora bien, experiencia cristiana no significa la percepción intuitiva de Dios y de su gracia.

Si en la experiencia humana, y aún en la misma experiencia religiosa, hemos puesto el punto de arranque en la iniciativa del hombre, ahora debemos observar que el movimiento es descendente y procede de Dios. Es Él el que se acerca al hombre, le ofrece su amistad y le invita a la comunión de vida con El. Y eso acontece al interior de la historia de los hombres, en general, y de la de cada hombre, en particular. Ante esta intervención salvadora de Dios en Jesucristo, la respuesta del hombre, hecha en la libertad, no puede ser sino la acogida y la obediencia de la fe. Es la fe, don de Dios. Y es el inicio, por la acción del Espíritu Santo, de una relación nueva de encuentro, de seguimiento y de comunión con Cristo. La experiencia cristiana tiene, pues, su origen en la fe, y depende de ella, que en sí misma

no es experiencia sino don de Dios, respuesta y entrega a la Palabra de Dios, e iluminación de la inteligencia del hombre.

- La semilla de la fe, plantada en el hombre, está llamada a germinar. El abrirse y acrecentarse del germen plantado por Dios en el corazón del hombre, eso es la experiencia cristiana. Es la realidad de la experiencia que procede del encuentro del hombre con Cristo (“se comienza a ser cristiano por el encuentro con un acontecimiento, con una persona: Jesucristo”²). Es como el “florecer” de la fe. De modo que, desde este punto de vista, pudiera decirse que la experiencia cristiana es la conciencia que tiene el creyente de su encuentro con Dios; es el conjunto de realidades y acontecimientos por los cuales el cristiano se entiende a sí mismo y se reconoce en relación con Dios, sostenido y fundado en El. La experiencia cristiana, pues, contiene el mundo interior y personal del cristiano, su subjetividad concreta en la complejidad y riqueza de la misma. Eso hace que no pueda quedar fuera de esta experiencia la comprensión, interpretación y expresión concreta que cada uno tiene de la realidad de Dios.

- De la experiencia cristiana hay que decir, en consecuencia, que es la expresión de la fe por la gracia del Espíritu Santo. Es como un desplegarse vivencial de la fe, como un desarrollo y maduración de la misma en el sujeto creyente por la acción del Espíritu Santo, maestro interior. Una vez que la voluntad y la libertad del hombre entran en juego, disponiéndose a secundar el don de Dios que le es otorgado, queda como reflejada en el hombre la acción salvadora de Dios, la realidad en sí de la fe. En resumen, se refleja y manifiesta vivencialmente en el hombre la realidad objetiva de la fe. Aunque con más precisión y justicia habría que decir: no sólo de la fe, también de la esperanza y la caridad. Toda la vida teologal. De modo que la experiencia cristiana es el desplegarse, y acrecentarse, de la vida teologal inserta en nosotros. Es como el germinar, florecer y dar fruto de la semilla de la fe plantada en nosotros, en nuestra tierra, por el sembrador del Evangelio.

- En definitiva, la experiencia cristiana depende de la fe. Es ésta la que genera, funda y regula la experiencia cristiana. Y si

² BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* 1.

es la fuente, es también la norma, de modo que la fe debe regular toda experiencia cristiana en cualquiera de sus dimensiones y concreciones (experiencia de oración, experiencia de vida evangélica, experiencia sacramental, experiencia espiritual, etc).

- Como colofón, un apunte más, que resulta sustantivo: el centro de la experiencia cristiana es Cristo. Es Él quien finalmente origina y funda la experiencia cristiana de los fieles, como aconteció en los apóstoles: “hemos visto al Señor”. La “experiencia pascual” de los primeros discípulos del Resucitado, de la que nos hablan los Evangelios, experiencia que comprendió el reencuentro con el Señor resucitado, la acción del Espíritu Santo, la meditación de las Escrituras, la oración, el recuerdo de los hechos acaecidos..., fue como el germinar y florecer en ellos de la fe en su Maestro y Señor. El encuentro con Cristo es, pues, el inicio y la razón fundante. Y es así por la acción del Espíritu Santo: “El Espíritu de la verdad os guiará hacia toda la verdad” (Jn 16,13). Luego, origen cristológico y pneumatológico, y por tanto trinitario de la experiencia cristiana. En Cristo, por la acción del Espíritu Santo, alcanzamos a conocer a Dios como Padre y Creador. Y también eclesial: la familia de los hijos de Dios como mediación necesaria, “columna y fundamento de la Verdad” (1 Tm 3,15), pues en ella “reconocemos” al Señor y entramos en comunión con El, que es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,16); recibimos el don de Dios en su Palabra y en los sacramentos, y aprendemos a vivir la comunión fraterna.

4. *Génesis y proceso de la fe*

Sintetizamos también este apunte terminológico, a modo sólo de evocación de los elementos que integran la génesis de la fe, con objeto de actualizar la consideración de los mismos, ante la reflexión posterior que llevaremos a cabo. En síntesis, éstos son los elementos integrantes: En primer lugar la Palabra, la predicación – proposición de la Palabra revelada, que es presentada por el evangelizador, por el testigo (por la Iglesia, en definitiva). Después, el necesario auxilio interior del Espíritu Santo. Y finalmente, la respuesta libre del hombre a la revelación divina. Es decir:

- Lo primero, la revelación, cuya plenitud y culmen es Jesucristo. El acontecimiento de la revelación del misterio de Dios y de su plan de salvación: “Dios que habitaba una luz inaccesible” (1 Tm 6,16) quiere comunicar su propia vida divina a los hombres, libremente creados por El, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos. Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y amarle, más allá de lo que ellos sean capaces por sus propias fuerzas (cf. CCE 52). A través del apóstol, del testigo, Dios anuncia a los hombres, a lo largo de todas las edades de la historia, esta Buena Noticia de la salvación, y les convoca a ella.

- La gracia de Dios eleva la capacidad humana para responder a esta llamada, para llegar a la fe. Santo Tomás de Aquino hará referencia a esta gracia de Dios y a su necesidad denominándola “principio sobrenatural que mueve el deseo del hombre desde dentro”; pues el hombre, para poder dar un “sí” a la Palabra que le sobrepasa, precisa ser elevado sobre su propia naturaleza e iluminado en su inteligencia. “El Espíritu Santo que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad” (DV 5).

- Finalmente, la respuesta adecuada del hombre, que es entrega y adhesión a Dios, que se revela y comunica; y a la vez adhesión a lo que Dios revela y comunica. Es la respuesta de la fe que entraña en el hombre la entrega de toda la persona a Dios, la escucha, la obediencia y el seguimiento. Por la obediencia de la fe el hombre se abandona, por entero y libremente a Dios, prestándole el obsequio del entendimiento y la voluntad, que permite acoger el testimonio divino, asintiendo a su revelación³.

³ Cf. CONCILIO VATICANO II, Const dogm *Dei Verbum* 5. Cf. CONCILIO VATICANO I, Const. *Dei Filius* 3.

II. ALGUNAS CAUSAS QUE DAN ORIGEN A LOS PROBLEMAS ACTUALES PLANTEADOS A LA TRANSMISION DE LA FE

Los desafíos planteados a la transmisión de la fe en este momento son bien conocidos. ¿Cómo alentar y hacer posible hoy la respuesta del hombre a la revelación divina en cuanto respuesta que es adhesión y entrega libre a Dios? ¿Cómo reconocer, entender y asumir la verdad de la revelación divina, como acontecimiento de gracia para el hombre; como realidad de presencia de Dios en Jesucristo; como verdad que desentraña el misterio del hombre, y nos hace libres y capaces de orientar nuestra vida humana; como invitación y llamada a participar en la vida divina? ¿Cómo hacer posible hoy la transmisión de esa revelación, en su realidad y verdad, a un hombre como el actual, inserto en un ámbito cultural inmanentista, relativista y subjetivista?

En el fondo, una vez más, hemos de constatar que nos encontramos inmersos en la gran cuestión de la fe: su posibilidad o no hoy, su horizonte y sentido para el hombre actual, y en concreto, la incidencia de los problemas planteados en esta situación al itinerario y proceso de la fe de nuestros catequizandos.

En esta perspectiva sugiero fijar la atención en algunas de las causas que están en su origen.

1. *La concepción misma de la Revelación y las consecuencias que esto implica para la transmisión de la fe*

El concilio Vaticano II ha puesto de manifiesto la identidad y naturaleza de la Revelación, así como los elementos específicos de la misma (cf. DV). No parece necesario desarrollar ahora esta doctrina conciliar, bien conocida por todos. Permitidme, tan sólo, hacer referencia a alguno de los elementos esenciales de la misma, por su incidencia en la cuestión que ahora nos ocupa.

- La revelación como comunicación que Dios hace de sí mismo al hombre, es fruto de la libre y absoluta iniciativa divina. Es el carácter gratuito, específico y radicalmente nuevo de la revelación. Esta realidad pone en entredicho ciertas corrientes teológicas actuales que tratan de equiparar determinadas “ex-

perencias religiosas” con el acontecimiento absolutamente nuevo de la revelación divina. Sin embargo, hay que decir que “es erróneo entender la revelación como el desarrollo inmanente de la religiosidad de los pueblos, y considerar que todas las religiones son ‘reveladas’, según el grado alcanzado en su historia y, en este mismo sentido, verdaderas y salvíficas”⁴. Y en esta misma línea de desarrollo inmanente, si bien en estadios progresivos, cabría incorporar a quienes en la práctica pastoral tratan de relacionar y aún solapar percepción o experiencia humana y religiosa subjetiva del hombre y la Revelación. Las derivaciones de este segundo supuesto en el campo de la transmisión de la fe han conducido en el inmediato pasado, como es sabido, a amargas decepciones y fracasos catequéticos. Sin embargo, aún hoy, se puede advertir, en el campo de la catequética, la presencia de ciertas teorías que llegan a concebir la acción catequética como una posibilidad abierta al hombre para tomar conciencia de sus propias experiencias a la luz de la fe y de interpretar a éstas. En esta perspectiva se definirá la misión de la catequesis como un alentar y sostener al hombre en su devenir histórico y en su búsqueda en cuanto sujeto. La religión y la fe en este contexto deberán ser entendidas como una oferta de explicación de la vida humana⁵.

- La plenitud de la revelación es Jesucristo, de modo que conocer a Cristo es conocer a Dios (cf. Jn 14,9); Él es el Redentor que “salvará al pueblo de sus pecados” (Mt 1,21), pues “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos” (Hch 4,12). Y así, el Hijo de Dios, “al revestirse de nuestra frágil condición no sólo confiere dignidad eterna a la naturaleza humana, sino que por esta unión admirable, nos hace a nosotros eternos”⁶. En Jesucristo, la revelación ha quedado completada y concluida, pues en El tene-

⁴ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instr. Past. *Teología y secularización en España* 9. De la redención de Cristo como acontecimiento único y universal de salvación, se pasa a la consideración plural de acontecimiento redentor. Cada momento religioso y aún cultural e histórico podría representar una expresión válida de la salvación. Es el problema del relativismo religioso, que viene precedido por el relativismo teológico.

⁵ Cf. H. DERROITE, “Une catéchèse que change avec des familles qui changent”: *Lumen Vitae* 4 (2005) 367-385.

⁶ MISAL ROMANO, *Prefacio III de Navidad*; cf. Const. Past. *Gaudium et spes* 22.

mos la Palabra definitiva de Dios (cf. Jn 1,14-16): “La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos ha manifestado en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de la revelación”⁷. Jesucristo es, en efecto, la Palabra única, perfecta y definitiva del Padre. En El lo dice todo y no habrá otra palabra que ésta. San Juan de la Cruz expresó así esta verdad esencial: “Porque en darnos como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en una sola Palabra”⁸.

En consecuencia, la revelación – salvación de Dios en Jesucristo no puede ser relativizada, como no única ni universal; ni se puede pretender que las “revelaciones” de otras religiones sean equivalentes o complementarias. Si la catequesis no alcanza hoy a transmitir esta verdad de la persona de Jesucristo, si no es capaz de proponerle al hombre de hoy como su único salvador, este hombre no podrá conocer ni interiorizar en su totalidad y verdad el acontecimiento del misterio de Jesucristo, ni su respuesta será verdaderamente a la Persona de Jesucristo. No será, en definitiva, una respuesta de fe.

En resumen, si la catequesis lleva a cabo una presentación insuficiente o errónea de la verdad plena de Jesucristo, cualquiera que sea su forma, entidad o alcance, se estará negando de facto la unidad y universalidad del misterio salvífico de Jesucristo; se estará alterando el proceso mismo de la fe, propio de la iniciación cristiana, y hará imposible en nuestros iniciandos, en consecuencia, alcanzar a profesar la fe de la Iglesia.

2. *La realidad de la verdad de la fe*

La actual situación del pensamiento y la cultura nos reenvían inmediatamente a la llamada “cuestión de la verdad”. Como es sabido, esta cuestión hunde sus raíces en la disolución y quiebra de la filosofía misma (más propiamente de la metafísica); en el proceso de la reducción de la razón; y en el de la inestabilidad del ser, que finalmente va a desembocar en el positi-

⁷ Const. Dogm. *Dei Verbum* 2; cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus* 5.

⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo* 2,22, 3-5.

vismo, el relativismo y el subjetivismo; y en concreto en el desinterés, la desconfianza y aún la negación de la posibilidad del hombre para alcanzar la verdad.

En estas circunstancias, el evangelio corre el riesgo de quedar reducido a percepción e interpretación subjetiva; y la confesión de la fe de la Iglesia, sometida a un proceso en el que cede la verdad y la objetividad de la misma, es reducida a moral, a norma de conducta y a costumbre (recordamos a Kant y su *Ética de la razón práctica*). Es decir, la verdad de la Revelación acaba haciéndose “disponible” al hombre, en función de cada tiempo, situación y cultura. Dios a la medida del hombre. He aquí el triunfo de la Ilustración.

El paso siguiente será el desentendimiento del anuncio íntegro y objetivo del mensaje cristiano. Cederá, pues, la necesidad de una presentación orgánica y sistemática de la fe, y se acentuará la dimensión “significativa” y vital de la fe cristiana. A partir de aquí, la respuesta y adhesión del hombre no será ya a la Palabra, a Cristo Palabra eterna del Padre; no será aquella respuesta de la fe que acoge la verdad revelada, y que consiste en fiarse plenamente de Dios y acoger su verdad, en cuanto garantizada por El, que es la Verdad misma (cf. *Compendio* 25); con lo cual queda interrumpido el proceso mismo de la fe y hace imposible, por parte del iniciando, la confesión de la fe de la Iglesia, pues ésta pasaría a estar mediada por la interpretación y percepción subjetiva. El relativismo ha llegado a ser hoy el problema central para la fe, la “dictadura del relativismo” como lo ha denominado el papa Benedicto XVI.

En medio de estas corrientes filosóficas y culturales que niegan a la razón la posibilidad de conocer la verdad, se impone potenciar y desarrollar, en el campo del pensamiento catequético, el discurso sobre el valor auténtico de la razón, frente a todo aquello que la violenta y reduce; permitir a la razón humana ser razón en su sentido propio, volver a ser de nuevo ella misma en su esencialidad y dinamismo. En segundo lugar, afirmar y potenciar, asimismo, la capacidad que posee la razón humana para alcanzar la verdad. Se impone entre nosotros asumir este desafío para poder dar un paso más. La verdad revelada, aún trascendiendo a la razón humana, está en armonía con ella, y puede penetrar, con la luz de la fe, el significado de la revelación. En tiempos de crisis para la razón, en los que se ha

perdido la esperanza para buscar y encontrar la verdad, el cristiano debe estar dispuesto a recordar y a hacer ver al hombre de hoy las posibilidades que tiene la razón humana⁹.

Conviene traer a la memoria, al respecto, como ejemplo paradigmático, el proceder de la Iglesia ya desde los primeros tiempos en relación con este problema planteado a la comunidad cristiana por la cultura y que, en el fondo, se refiere a la relación entre la fe y la razón. El papa Benedicto XVI, en su primera etapa como profesor de teología, hizo referencia a esta decisión básica de la Iglesia primitiva en favor de la filosofía, afirmando que: “el cristianismo primitivo llevó a cabo una elección purificadora: se decidió por el dios de los filósofos, en contra de los dioses de otras religiones”¹⁰.

Como es sabido, el encuentro del cristianismo y la filosofía griega tuvo su “ocasión” y momento inicial en el discurso de san Pablo en el areópago (cf. Hch 17,22-33). Así lo manifestó el papa Juan Pablo II en la encíclica *Fides et ratio* n° 24ss. Para san Pablo no son los monumentos religiosos ni los dioses paganos objetos de su interés, sino “el Dios desconocido”, aquél del que han hablado los filósofos, y al que consideran el ser mismo, y por eso, fundamento de todo ser. Para la primitiva Iglesia éste será un punto de partida y la base común sobre la cual iniciar el anuncio del Evangelio a los atenienses. El apóstol Pablo pondrá de relieve, pues, la importancia de la razón y el deseo universal del hombre de conocer la verdad, (según Aristóteles “todos los hombres desean saber” y será la verdad el objeto propio de su deseo), así como el deseo y la nostalgia de Dios que anida en el corazón de todo hombre.

El profesor J. Ratzinger dirá: “La elección hecha por la Iglesia significaba una opción a favor del logos, por la verdad del ser mismo en contra de cualquier clase de mito”¹¹. Recordemos que la expresión griega “logos” significa palabra, inteligencia, razón, verdad. El riesgo que corrió, en algunos casos, la primitiva Iglesia fue oscurecer el logos y, como consecuencia inevitable, ini-

⁹ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Instr. Past. *La teología y la secularización en España* 15.

¹⁰ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo* (Salamanca 1969) 109.

¹¹ *Ibid.*, 111.

ciar un camino de separación de la verdad, acercándose más a una consideración de sí misma como *institutio vitae*, es decir, como pura organización y forma de configuración de la vida, al modo de la *consuetudo* romana o costumbre de la ciudad de Roma que se quiso fuera tenida como norma de vida para todo el imperio, en contraposición a las exigencias de la verdad. Desde aquí entendemos la famosa expresión de Tertuliano sobre Jesucristo, y, en consecuencia, sobre la concepción cristiana: “Cristo no se llama a sí mismo costumbre, sino verdad”¹².

La Iglesia, pues, desde los Padres a los grandes teólogos medievales van a seguir este camino, no siempre fácil, del encuentro entre la fe y la razón. Recordemos al respecto la reflexión que el papa Juan Pablo II presenta en el capítulo IV de *Fides et ratio*, donde describe las etapas más significativas de este encuentro del cristianismo con la filosofía, de la fe con la razón. Baste recordar, entre otros, a Tertuliano, san Justino, Orígenes, san Clemente de Alejandría, san Agustín, san Anselmo, santo Tomás de Aquino.

Los retos planteados, desde esta perspectiva de la verdad, a la catequesis actual, son evidentes, y sabemos reconocerlos e identificarlos entre nosotros. La presentación íntegra de la verdad del Evangelio, la exposición sistemática y orgánica de la fe de la Iglesia a nuestros catequizandos constituye uno de los elementos básicos y esenciales de toda catequesis de iniciación cristiana, que haríamos bien en considerar en toda su amplitud y desarrollar con fidelidad.

¹² TERTULIANO, *De virginibus velandis* I, 1.